

escrito a máquina

SEXO & DINERO



Es constante (y al parecer ineficaz) la protesta por la prensa y por la radio, de personas de toda clase y condición, por la procacidad pornográfica, cada vez mayor, de las películas que se exhiben en Nicaragua. Yo no dudo de que la mayor parte de quienes protestan lo hacen sinceramente alarmados por el daño que ese veneno extranjero y a dosis diaria causa en el organismo social nicaragüense. Sin embargo, las películas no hacen más que envasar en un frasco diferente, el mismo producto que nuestra sociedad hipócrita está vendiendo en otros envases. Muchos padres ponen el grito en el cielo por las películas que ven sus hijos, pero no tienen escrúpulo alguno en usar del sexo —en las formas más degradantes— para vender sus licores, autos, telas y demás artículos comerciales. Muchas autoridades anuncian censuras para el cine mientras otras, también autoridades, comercian con los prostíbulos y lupanares... En fin, aunque no niego el daño de un cine depravado y corruptor, el mal no lo reduzco a la pantalla. El mal viene de un concepto que lo tiene tanto el que hace la película pornográfica para venderla, como el que concibe el sexo como cebo publicitario. El mal viene de la ecuación "Sexo = Dinero".

A Ernesto Cardenal se le quejaban unos jóvenes en Cuba del "puritanismo" de la Revolución. Con motivo del viaje de Nixon a Moscú, los periodistas occidentales volvieron a repetir —con disimulada admiración— lo que ya otras veces se ha dicho sobre la sanidad sexual del pueblo ruso. Para algunos sonará un poco extraño que un pueblo oficialmente ateo sea más moral que pueblos que blasonan de cristianos. Pero lo que pasa es que esa sociedad ha abolido la ecuación Sexo = Dinero.

Un pueblo puede caer en perversiones. El ruso tendrá las suyas. Todo pueblo está inclinado a pervertirse por la inclinación misma de la naturaleza del hombre, pero si a esa inclinación se agrega (como entre nosotros) una propaganda incesante y, sobre todo, la tentadora presión contra-natura de convertir lo sexual en divisas, de destruir lo sagrado y poético de la relación amorosa para transformarla en una fuente de billetes de banco, entonces el sexo corrompe su naturaleza y sea inmediata o mediatamente se degrada pasando a ser objeto de comercio. Nuestra sociedad de consumo no sólo ha desarrollado industrialmente la trata de blancas, sino de piernas, de pechos, de torsos, de movimientos, de posiciones, de libido, de orgasmo. Vendemos todo. El sexo —que es un templo en la más profunda simbología humana— se va convirtiendo en una oficina.

Lo importante, por tanto, es restablecer —junto con todos los otros valores humanos que andan por el suelo— el valor del sexo. La sociedad socialista nos da en esto un ejemplo que los cristianos tienen que aprovechar. No se trata de restablecer un puritanismo formalista e inquisidor que sólo vendría a ser el desodorante de una maloliente hipocresía. No. Debemos ir a la raíz. Porque la comercialización del sexo (que no es, ni debe confundirse con el comercio sexual, viejo como el mundo) es sólo un aspecto de una actitud más general con respecto a los valores de la persona humana. Actitud en la que caemos o somos llevados por unas estructuras sociales montadas sobre el concepto de que el prójimo es una mercancía explotable y la persona humana una cosa. Tanto la tortura, como la explotación del trabajador, como la ecuación "sexo = dinero", como el abuso de poder, como el desprecio a la vida y a la libertad del hombre son ríos de deshumanización que tienen la misma fuente. Y esa fuente es, el olvido, la depreciación o el irrespeto de esa realidad primera y básica de una civilización que se llama LA PERSONA.

La vida social no es un cuadro de relaciones mecánicas y materiales entre unos seres y otros. La vida social es una relación de PERSONAS (no de cosas) y cada persona es un mundo de un valor infinito e irremplazable. El más humilde campesino es la patria toda, es la República toda, es el Presidente y todas sus dignidades sumadas. El dolor de un solo hombre conmueve las estrellas. La Encarnación —el misterio de un Dios que se hace hombre— revela ese valor único de CADA hombre. Cristo no es más que un CADA hombre. Un desconocido, un equis de Nazaret, detrás de cuyo rostro anónimo se esconde la Faz de Dios.

Pero la persona humana, en cuanto a su realización temporal, no es completa. La persona se forma y desarrolla en una relación trinitaria: padre - madre - hijo. Las más profundas fuentes del hombre y de la vida brotan y son afectadas por esa realidad carnal y espiritual, biológica y ontológica cuyo centro es el sexo.

Para muchos el sexo en el hombre no es más que animalidad, si acaso un poco evolucionada. Según esta errónea interpretación de la evolución, "las riquezas del amor no serían otra cosa que resultados del desarrollo del instinto animal". Teilhard de Chardin nos ha mostrado lo falso de este razonamiento que brota de una actitud insulsa mente conservadora, de desconocimiento del sentido de la vida, la cual es brotamiento y novedad. LA VIDA ES IR AL MAS DESDE EL MENOS. En la evolución de la vida más se explica el pasado por el futuro, que a la inversa. Lo que explica la vida es su finalidad más que su origen. Ahora bien, el aporte del hombre en la evolución no es solamente saltar del instinto a la inteligencia, sino del sexo al AMOR. Lo biológico es una preparación a lo espiritual. "LA VIDA TODA DE LA NATURALEZA ES UNA ESPERA DEL AMOR".

Por eso animalizar el amor, o, peor aún, cosificarlo (convertirlo en artículo de venta y consumo) es tan degradante —en cuanto hace saltar hacia atrás la evolución humana— como lavar el cerebro, como torturar, como envilecer la inteligencia o imposibilitar la libertad humana.

Pero hay algo más: por lo mismo que el sexo es centro vital de la persona, las vinculaciones de lo sexual con la vida más alta del hombre —intelectiva y afectiva— son infinitamente profundas y sutiles. De ahí que toda degradación del sexo repercute en una serie de trastornos que desquician la vida humana y sus relaciones. Esa repercusión tan complicada sólo la podemos intuir al ver lo cerca que siempre andan el sexo y la muerte. Nadie sabe los sentimientos que han sido heridos, o los dolores inenarrables que ha producido en hijos, esposos, o amantes una falla de la relación sexual o amorosa, hasta que ve el impulso brutal de esos sentimientos produciendo el crimen, o la locura, o el derrumbe vertical de una persona.

Resulta, por tanto, criminal comerciar con ese tejido delicado, peligroso y medular de la persona humana. Resulta criminal lanzar a la juventud a un envilecimiento de su sexo que la llevará al agotamiento de las fuentes más fecundas de su intimidad creadora y afectiva. Esos jóvenes, que destruyen desde el comienzo el misterioso foco del amor, buscarán luego, en su oscuridad, sustitutos perversos, descenderán al homosexualismo, a la droga, al alcoholismo, a crueldades físicas, a toda la escala de la insatisfacción de quien ha agotado el plexo solar de su vida afectiva.

... La inmensa cauda de crímenes sexuales nos está diciendo a dónde lleva la ecuación Sexo = Dinero.

PABLO ANTONIO CUADRA